

HOMBRES QUE DABAN A CONOCER BUENAS NUEVAS

(2° REYES 7.3–16)

DAVID ROPER

La lección anterior se centró en el sitio al cual fue sometida Samaria por parte de los sirios. Cuando los alimentos escasearon, los que vivían dentro de la ciudad se desesperaron. En sus frenéticos intentos por hallar sustento, pecaron contra Dios y contra la naturaleza.

Entre los que estaban muriendo de hambre había cuatro leprosos. Esta lección se centra en estos cuatro individuos. Los he llamado «Hombres que daban a conocer buenas nuevas». A medida que repasamos este relato, recalcaré la responsabilidad que tenemos usted y yo hoy, de dar a conocer las buenas nuevas.

LAS BUENAS NUEVAS DE ENTONCES (7.3–16)

Buenas nuevas para ellos

«Había a la entrada de la puerta cuatro hombres¹ leprosos» (vers.º 3a). En las lecciones sobre Naamán que hemos presentado en esta serie, comentamos la terrible enfermedad de la lepra. En Israel, a los leprosos no se les permitía permanecer dentro de los pueblos y ciudades (vea Levítico 13.46; Números 5.2–3). Es probable que estos cuatro hombres se mantuvieran acurrucados cerca de la entrada, con la esperanza de que la gente que entraba y salía les arrojara restos de comida. Ahora, no obstante, no había comida que compartir. Al igual que los que estaban dentro de la ciudad, los leprosos estaban muriendo de hambre.

Los cuatro se reunieron para consultar, di-

¹ Una creencia tradicional judía dice que estos eran Giezi y sus tres hijos (Adam Clarke, *The Holy Bible with a Commentary and Critical Notes [La Santa Biblia con comentario y notas críticas]*, vol. 2, *Joshua—Esther [Josué—Ester]* [New York: Abingdon-Cokesbury Press, s. f.], 504; Matthew Henry, *Commentary on the Whole Bible [Comentario de toda la Biblia]*, ed. Leslie F. Church [Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1961], 409).

ciendo: «¿Para qué nos estamos aquí hasta que muramos?» (2ª Reyes 7.3b). Necesitaban hacer *algo*, y tenían que hacerlo *pronto*. «Si tratáremos de entrar en la ciudad, por el hambre que hay en la ciudad moriremos en ella; y si nos quedamos aquí, también moriremos» (vers.º 4a). Aun si lograban introducirse dentro de los muros, la situación de ellos no mejoraría. No obstante, quedarse donde estaban significaba una muerte segura (vers.º 4b).

Al final, los leprosos decidieron, diciendo: «Vamos, pues, ahora, y pasemos al campamento de los sirios; si ellos nos dieran la vida, viviremos; y si nos dieran la muerte, moriremos» (vers.º 4c). En otras palabras: «Lo peor que pueden hacer es matarnos, y nosotros vamos a morir de todos modos. Una muerte rápida a espada podría ser preferible a una muerte lenta de hambre. Por otro lado, ¿quién sabe?, puede que nos tomen prisioneros y nos alimenten».

«Se levantaron, pues, al anochecer, para ir al campamento de los sirios» (vers.º 5a). Algunos autores han especulado acerca de las razones por las que fueron al anochecer, pero tal vez la explicación sea sencilla: apenas tomaron la decisión, actuaron enseguida.

Los leprosos, sin duda iban nerviosos cuando salían de los muros de la ciudad. En cualquier momento les podrían haber dicho: «¡Alto! ¿Quién va ahí?». Ellos estaban prestos a arrojarse a tierra e implorar por misericordia.

Cuando emprendían la marcha hacia el campamento, en este se podían oír ruidos y conmoción (vea vers.º 7); pero cuando llegaron al lugar, fueron recibidos por el silencio (vea vers.º 10). «... Y llegando a la entrada² del campamento

² La palabra «entrada» indica el borde del campamento sirio, esto es, el borde que estaba más cerca de la ciudad de Samaria.

de los sirios, no había allí nadie» (vers.º 5b). Imagíneseles asomándose en una y otra dirección en la oscuridad. Tal vez los leprosos creyeron, como creyó el rey más adelante (vea vers.º 12), que era una trampa; pero en realidad no había nadie allí. El campamento estaba abandonado.

«Porque Jehová había hecho que en el campamento de los sirios se oyese estruendo de carros, ruido de caballos, y estrépito de gran ejército» (vers.º 6a). Algunos comentaristas han creído que son responsables de explicar *cómo* fue que el Señor hizo esto. Algunos han intentado incluso de dar «explicaciones» del suceso, de un modo que sea consecuente con los fenómenos naturales. A los creyentes les basta con saber que el responsable de que los sirios oyeran el sonido fue Dios, y que la experiencia fue totalmente convincente. «El Señor había derrotado a los moabitas con un milagro de la visión ([2º Reyes] 3.20–23) y ahora derrotaba a los [sirios] con un milagro del sonido».³

Cuando los soldados oyeron el sonido, dijeron: «He aquí, el rey de Israel ha tomado a sueldo contra nosotros a los reyes de los heteos y a los reyes de los egipcios,⁴ para que vengan contra nosotros» (vers.º 6b). «Los heteos» eran habitantes de ciudades-estado del norte de Siria, que se habían levantado después de la caída del imperio heteo.⁵ Los sirios llegaron a la conclusión de que el rey de Israel había contratado a los heteos para que los atacaran desde el norte, mientras que los egipcios atacaban desde el sur.

Aterrorizados, los soldados «se levantaron y huyeron al anochecer, abandonando sus tiendas, sus caballos, sus asnos, y el campamento como estaba; y habían huido para salvar sus vidas» (vers.º 7). Ellos podían haber viajado más rápidamente a caballo. Por esta razón, el hecho de que los dejaran, es indicio de cuán traumatizados debieron de haber estado.

Cautelosamente, los leprosos entraron en el campamento (vers.º 8a). Tal vez vieron fogatas ardiendo y animales atados (vers.º 10), pero nada de gente. Al introducir la cabeza en una tienda, encontraron una comida preparada, ¡que había sido abandonada y estaba sin comer! Ellos «co-

mieron y bebieron» (vers.º 8b); ¡es probable que comer nunca les había sabido tan delicioso! Luego, al divisar «plata y oro y vestidos», tomaron los tesoros y los llevaron a la oscuridad para hallar un lugar donde esconderlos. Se devolvieron rápidamente y corrieron de tienda en tienda, saqueando cada una de ellas (vers.º 8c). ¡Al no ser más mendigos, ahora eran ricos!

Buenas nuevas para los demás

Un poco tardíamente, la conciencia los atormentó. Celebraron otra conferencia para consultas. Esta vez dijeron: «No estamos haciendo bien. Hoy es día de buena nueva, y nosotros callamos» (vers.º 9a). Allí estaban ellos, con toda la comida que podían comer y más, pero dentro de la ciudad, la gente todavía moría de hambre.

En la conversación se introdujo una nota práctica, cuando dijeron: «si esperamos hasta el amanecer, nos alcanzará nuestra maldad» (vers.º 9b). Esta fue una conclusión razonable a la cual llegaron. Cuando llegara la mañana, los centinelas verían que el enemigo había desaparecido, y con el tiempo, el pueblo se enteraría de que los leprosos se habían guardado esta nueva para sí mismos. El castigo sería inevitable, tanto del pueblo como del rey, e incluso de Dios.

Hace mucho tiempo, leí acerca de una antigua enseñanza que se expresaba más o menos de esta manera: Si un hombre sabe de algo bueno que beneficiará a su prójimo, y se lo guarda para sí mismo, tal hombre es culpable de robo. Por ejemplo, imaginemos que un hombre se percata de que un vecino necesita alimento para su familia. Imaginemos también, que el hombre sabe dónde puede el vecino encontrar un saco de harina gratis, pero no se lo dice. En tal caso, el hombre se consideraría culpable de robarle a su vecino el saco de harina, en la misma medida que si hubiera entrado en la casa de este a tomarlo. Si los leprosos no le hablaban al pueblo de Samaria acerca del alimento disponible, ellos podían considerarse ladrones.

Esto fue lo que decidieron: «Vamos pues, ahora, entremos y demos la nueva en casa del rey» (vers.º 9c). Ellos fueron a la puerta y gritaron a los porteros lo que habían hallado en el campamento sirio (vers.º 10). Los porteros a su vez, trasladaron el mensaje a palacio (vers.º 11).

Los asistentes despertaron al rey (vea vers.º 12a) y le dieron el informe. Habría sido digno de elogio si este hubiera respondido, diciendo: «Así que *este* es el cumplimiento de lo que Eliseo anunció [7.1]». Pero no respondió así, sino que las nuevas le parecieron «demasiado buenas para ser ciertas».

³ Warren W. Wiersbe, *Be Distinct (Sea diferente)* (Colorado Springs, Colo.: Victor, 2002), 55.

⁴ Los eruditos conjeturan que este debe de ser Mutari o Muzur o algún otro lugar. Toda traducción que he consultado consigna a «los egipcios».

⁵ J. Robert Vannoy, notas sobre 2º Reyes, *The NIV Study Bible (La Biblia de estudio NIV)*, ed. Kenneth Barker (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1985), 535.

Dijo a sus siervos: «Yo os declararé lo que nos han hecho los sirios. Ellos saben que tenemos hambre, y han salido de las tiendas y se han escondido en el campo, diciendo: Cuando hayan salido de la ciudad, los tomaremos vivos, y entraremos en la ciudad» (2º Reyes 7.12b). Josué usó una estrategia parecida para derrotar la ciudad de Ai (Josué 8).

Uno de los siervos del rey propuso que el soberano debía por lo menos verificar si la historia era cierta o no. El siervo dijo: «Tomen ahora cinco de los caballos que han quedado en la ciudad» (2º Reyes 7.13a). Es de suponer que la mayoría de los caballos de la ciudad habían muerto (y es probable que se los hubieran comido). Siguió diciendo el siervo: «(porque los que quedan acá también perecerán como toda la multitud de Israel que ya ha perecido), y enviemos y veamos qué hay» (vers.º 13b). Básicamente, esto es lo que estaba diciendo: «Lo peor que podría ocurrir a los que enviemos, es que sean muertos. Si se quedan en la ciudad, morirán de todos modos; así que, ¿por qué no enviarlos? ¿qué se pierde con ello?».

Al final, se decidió enviar «dos caballos de un carro» (vers.º 14). Los conductores de los carros encontraron el campamento abandonado, exactamente como los leprosos habían dicho. Ellos siguieron el camino de los sirios que huyeron, un camino que llevaba al río Jordán.⁶ «Y ellos fueron, y los siguieron hasta el Jordán; y he aquí que todo el camino estaba lleno de vestidos y enseres que los sirios habían arrojado por la premura» (vers.º 15a).

Los mensajeros volvieron y dieron el informe al rey (vers.º 15b). La noticia se propagó rápidamente por la ciudad, y pronto las puertas se abrieron. «Entonces el pueblo salió, y saqueó el campamento de los sirios». Comieron y se saciaron; ¡habían sido liberados! El responsable de la liberación había sido el Señor, pero Este usó a cuatro candidatos que probablemente no hubieran sido elegidos como instrumentos para realizar Sus propósitos: ¡cuatro leprosos que estaban dispuestos a dar a conocer buenas nuevas a los demás!

LAS BUENAS NUEVAS DE HOY

Son varias aplicaciones las que se pueden extraer de esta historia, pero deseo que centremos nuestros pensamientos en las palabras de los leprosos que se recogen en el versículo 9: «No estamos haciendo bien. Hoy es día de buena nueva,

⁶ El ejército tenía dos rutas disponibles para volver a Siria: podían ir hacia el norte para luego ir hacia el este, o podían ir hacia el este, para pasar el Jordán, y luego ir hacia el norte. Ellos eligieron la segunda ruta.

y nosotros llamamos; y si esperamos hasta el amanecer, nos alcanzará nuestra maldad. Vamos pues, ahora, entremos y demos la nueva...». Se pueden trazar paralelos entre la situación de los leprosos y la nuestra.

Buenas nuevas para nosotros

Lo primero que nos llama la atención de las palabras de los leprosos, es la frase «buena nueva». Nos hace recordar que el significado literal de la palabra «evangelio» es «buenas nuevas». La esencia del evangelio es la historia de la muerte, la sepultura y la resurrección de Cristo (1ª Corintios 15.1-4). Todavía podemos decir: «Hoy es día de buena nueva»: ¡Estábamos perdidos, pero Jesús llevó nuestros pecados sobre sí, y murió por nosotros! (1ª Corintios 15.3; 2ª Corintios 5.21; Isaías 53.6). Los leprosos tenían buenas nuevas que dar a conocer, buenas nuevas acerca de beneficios materiales; ¡pero nosotros tenemos buenas nuevas acerca de bendiciones espirituales!

Muchos paralelos pueden trazarse. Podríamos considerar al mundo «sitiado» por el pecado (vea Efesios 6.12). Los que están sin Cristo están «muriendo de hambre» espiritualmente, están sin esperanza (vea Efesios 2.12). No obstante, Dios, por Su misericordia, ha provisto los medios necesarios para salvar a la humanidad (vea Tito 3.4-5a; Hechos 2.38). Por medio de Jesús, toda persona puede tener victoria sobre el pecado (1ª Corintios 15.56-57). Es un «banquete» de bendiciones espirituales el que está disponible para todos los que están dispuestos a participar (vea Mateo 22.9).

Al igual que los cuatro leprosos, los que somos miembros de la iglesia del Señor estamos disfrutando de lo que Dios ha provisto. Hemos pasado de estar «muriendo de hambre» a estar «saciados» (vea Mateo 5.6). Hemos pasado de ser «mendigos» espirituales a ser «ricos» (2ª Corintios 6.10; Mateo 5.3). ¡Qué maravillosas son nuestras promesas y bendiciones! (Vea Efesios 3.20; Filipenses 4.19; Hebreos 7.25.) Podemos decir con Pablo: «¡Gracias a Dios por su don inefable!» (2ª Corintios 9.15), ¡el don de Su Hijo!

¿Buenas nuevas para los demás?

La pregunta para nosotros es esta: ¿Entendemos la apremiante necesidad que tiene el mundo, de lo que tenemos nosotros? Si no damos a conocer las buenas nuevas a los que están perdidos en pecado, al igual que los leprosos, debemos decir: «No estamos haciendo bien».

Lamentablemente, no es siempre que les hemos dado a conocer las buenas nuevas acerca de Jesús a los

demás. No sé a ciencia cierta por qué esto es así. Es posible que algunos no hayan «gustado la benignidad del Señor» (1^{era} Pedro 2.3); en otras palabras, ellos mismos no han sido salvos. Cuando Andrés encontró al Señor, él corrió para contarlo a otro (Juan 1.40–42); esta es la respuesta natural. Si uno no siente apremio por dar a conocer las buenas nuevas, debe examinar su propia relación con el Señor.

Otra posibilidad es que algunos de nosotros no apreciamos en su totalidad lo que el Señor ha hecho por nosotros (vea 2^a Pedro 1.9b). Si nosotros realmente lo apreciáramos, ¡desearíamos dar a conocer las buenas nuevas! (Vea Lucas 8.39.)

A veces, no dar a conocer las buenas nuevas, es indicio de que no nos importan los demás. Si supiéramos que nuestros vecinos están muriendo de hambre físicamente, es probable que ninguno de nosotros sería tan insensible como para no darles alimento. Puede ser que los que nos rodean no estén muriendo de hambre físicamente, pero sí están «muriendo de hambre» espiritualmente. Si no les llevamos la «leche» y la «carne» de la Palabra (1^{era} Pedro 2.2; Hebreos 5.12), ¿qué dice esto de nosotros? Realmente, «no estamos haciendo bien».

Puede que nuestro problema sea que, de algún modo, no hayamos captado el espíritu del cristianismo. Los cristianos primitivos estaban ansiosos por dar a conocer las buenas nuevas a todos los que encontraban en su camino (Hechos 5.42; 8.1, 4). Al actuar así, ellos estaban cumpliendo la comisión del Señor (Mateo 28.18–20; vea 10.27).

Tenemos muchas razones para dar a conocer a otros acerca de Jesús, razones que incluyen nuestro amor por los perdidos y nuestro deseo de obedecer al Señor. Otro factor que podríamos añadir, y que preocupaba a los leprosos, es este: «si esperamos [...] nos alcanzará nuestra maldad». En Ezequiel 3.18 encontramos estas palabras del Señor que dan que pensar: «Cuando yo dijere al impío: De cierto morirás; y tú no le amonestares ni le hablores, para que el impío sea apercebido de su mal camino a fin de que viva, el impío morirá por su maldad, pero su sangre demandaré de tu mano».

¡En verdad, este es «es día de buena nueva»! En relación con el pasado, puede que tengamos que reconocer que no hemos hecho bien, porque nos hemos quedado callados; pero, en relación con el futuro, ¡que cada uno de nosotros repita las palabras de los leprosos, cuando dijeron: «Vamos pues, ahora, entremos y demos la nueva»!

CONCLUSIÓN

Esta lección se ha dirigido a cristianos, para animarnos a cada uno de nosotros a dar a conocer

las buenas nuevas, esto es, el evangelio. No obstante, al ponerle punto final, deseo hacer aplicación a los que no han aprovechado las ventajas de lo que el Señor ha provisto. Cuando los leprosos estaban sentados, muriendo de hambre, fuera de la ciudad, ellos se preguntaron: «¿Para qué nos estamos aquí hasta que muramos?» (2^o Reyes 7.3). Yo le haría a usted una pregunta parecida: «¿Por qué se está usted allí, inmóvil e impasible, acercándose cada vez más a la muerte cada vez que respira?». ¡Oro con todo mi corazón para que usted no se quede allí hasta morir! Si usted cree en Jesús (Juan 3.16) y se ha arrepentido de sus pecados (Lucas 13.3), le insto, como Ananías a Saulo, con estas palabras: «Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre» (Hechos 22.16).

NOTAS PARA MAESTROS Y PREDICADORES

La segunda parte de esta lección se basa en un boceto que preparé hace tiempo a partir de fuentes no documentadas. Mis disculpas por no reconocer como debería. Un título alternativo para esta lección es «No estamos haciendo bien». Para alcanzar el máximo nivel de efectividad, haga aplicación de esta lección a oportunidades concretas para evangelizar, tal como invitar a la gente a servicios evangelísticos especiales. Cuando invite a personas de su auditorio a obedecer el evangelio, es aconsejable que también anime a responder a aquellos cristianos que no hayan dado a conocer las buenas nuevas a los demás.

La verdad

Se ha dicho que «la verdad es algo que debe conocerse con la mente, aceptarse con el corazón y actuarse en la vida».¹ La Biblia enseña estos principios:

Conozca la verdad (Juan 8.32; 1^{era} Timoteo 2.4; 4.3; 2^a Timoteo 2.25; 3.7; Tito 1.1; 1^{era} Juan 2.21).

Acepte (crea) la verdad (2^a Tesalonicenses 2.12; 1^{era} Timoteo 4.3).

Actúe (obedezca) la verdad (Salmos 89.11; 1^{era} Pedro 1.22; 1^{era} Juan 1.6; 3^a Juan 4).

Lamentablemente, algunos se desvían de la verdad (2^a Timoteo 4.4; vea Tito 1.14; Santiago 5.19), y algunos incluso la resisten (2^a Timoteo 3.8). Por lo tanto debemos añadir esta forma esencial de responder a la verdad: «¡Ámela con todo su ser!». (Vea 2^a Tesalonicenses 2.10.)

David Roper

¹ E. C. McKenzie, ed., *14,000 Quips & Quotes for Writers and Speakers (14,000 ocurrencias y citas para autores y oradores)* (Avenel, N. J.: Wings Books, 1980), 522.